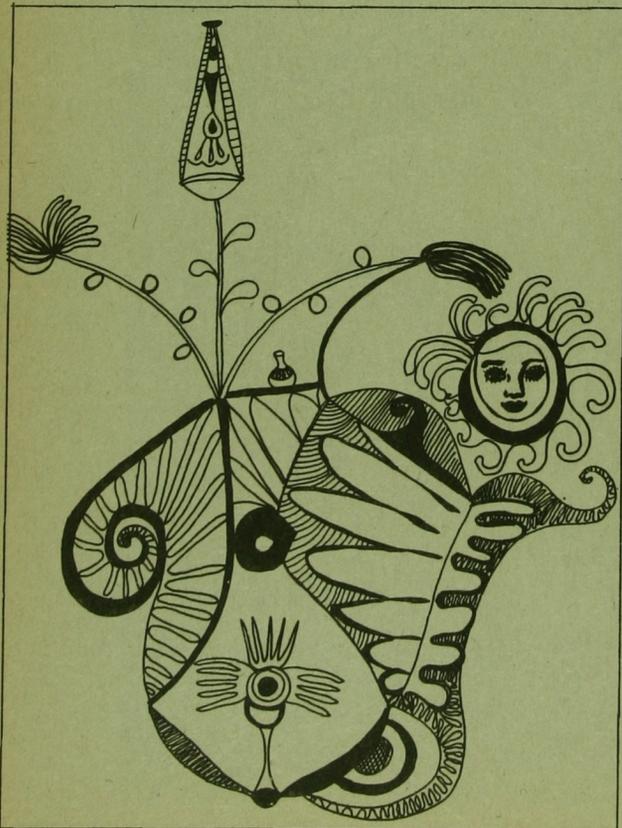


Querido Diario:

Marcela Guijosa

Estoy llena de culpas. Para variar. Lo bueno es que este mi querido cuaderno me funciona como confesionario, con absolución y todo. Ahorita apenas voy en el *dolor de corazón* y no sé si llegue al *propósito de enmienda*.

La culpa principal que siento hoy se debe a mi terrible e incontrolable afán consumista. Soy lo más consumista que conozco. Bueno, consumista chica, no muy grande. Lo que me ha protegido, gracias a Dios, es que soy pobretona. Porque si yo fuera millonaria, qué horror, yo creo que ya no podría vivir en esta casa. Ya no cabríamos, de tan llena que estaría de cosas y cosas que seguramente hubiera comprado.



Claro que la otra cara de mi consumismo tiene como causa, precisamente, mi falta de dinero. Me alcanza justito para lo indispensable, y entonces *siempre* estoy deseando cosas, digamos, "superfluas", además de algunas que sí necesito. "Cuando cobre el pagaré, el pagaré. . ."

Yo creo que en el fondo he de tener vete tú a saber qué sentimiento de carencia, una como indigencia innata, porque siempre estoy deseando comprar. Y en el comprar encuentro muchísimo placer. En el comprar *cualquier cosa*. Aunque me quejo de que me da muchísima flojera ir al super, secretamente me encanta, porque se trata de comprar. Tener dinero me hace sentir poderosa, y tener cosas, también.

Bueno; hay cosas y cosas. No me hace la misma ilusión comprar carne y verduras y *cornflakes* que comprar zapatos o perfumes. Tengo mis lugares y mis cosas favoritas. Por ejemplo, una papelería. O un mercado en un pueblo de México: me es totalmente irresistible. Las artesanías. Como cuando estuve en Pátzcuaro, acuérdate. ¿Cómo iba yo a soportar no comprar nada? La primera mañana ya me había yo gastado todo mi dinero. Cómo resistir la exposición de figuras fantásticas y horribles de Ocumicho. Puros diablos y puras sirenas. Y yo, que he sido sirena, cómo no iba a tener *ésa*, de mirada terrible, tan seductora, rodeada de diablos de colores, malvados y libidinosos, con las lenguas de fuera. Y con todas las dificultades del mundo, me la traje. Bueno, es un decir, porque más bien me la trajo en su coche, amablemente, una amiga. Y como ella también era consumista de artesanías, y ella también se había comprado muchas cosas, me animaba, aunque yo me iba a regresar en tren, y pesaba muchísimo, y se podía romper.

Y lo peor es que, después de tanto pedo, me pasó lo que tan a menudo me pasa: me arrepentí de habérmela comprado. Lo que me sucedió con la sirena es que cuando por fin la tuve en mi poder, ya viéndola bien, de noche, con las sombras de mi lámpara, me dio muchísimo miedo. La cola bífida, levantada, se proyectaba en la pared como si fuera la sombra de los cuernos de un diablo mayor invisible. Y francamente, no. Eran demasiados diablos y cuernos para tenerlos en mi recámara. Como que prefiero en mi intimidad puras buenas vibras. Mejor mis sirenitas ingenuas tocando su guitarra. Mejor la Virgencita de Guadalupe. Y bueno, como le había encantado, le regalé la diabólica sirena a mi primer marido.

Otra cosa irresistible para mí son los huipiles y blusas y atuendos folklóricos. Tengo muchísimos, pero si veo uno que *no tengo*, siento que me lo debo comprar. A huevo. ¿Cómo me va a faltar ese bordado de punto de cruz de Cocucho? Y luego la docta explicación cuando me preguntan, qué bonita blusa, ¿de dónde es?

Y es que me encanta ser famosa, llamar la atención. Ser vista. Ser única, original. Aunque sea por la ropa.

Y las joyas. No es que tenga tantas, pero cómo me fascinan. Si pudiera tener cien anillos diferentes, los tendría. O collares. De plata, mexicanos, onda indígena, claro. Lo de la plata es una buena elección cuando uno es de la clase media. Porque imagínate si me gustara el oro y los brillantes. Pura frustración.

Y la ropa en general. O sea, los trapos. O los malditos libros. También tengo consumismo de libros. Con mi gran biblioteca, cuya tercera parte, fácil, no he leído. Pero siento que esos libros *los tengo que tener*. Por si acaso. Y los discos. Ya mejor ni hablo de los discos. Como ya no se pueden comprar los carísimos importados, pues aunque sea de los quince grandes éxitos de los Hermanos Martínez Gil, en el super. Y llego feliz a mi casa, a ponerlos. También aquí, de la mitad de mis compras me arrepiento. (De ese de los Martínez Gil, no: está padrísimo).

Y luego con la crisis, en la prepa *diario* compro cosas. Porque todo mundo vende algo. Y, ¿por qué no? Hay una como solidaridad: todos venden y todos compran. Es muy cómodo: en dos pagos, maestra. En la quincena me da. Me hipnotizan las joyas de la Güera, los plumones gringos, los cosméticos. La fayuca. Estuches de sombras con cincuenta y dos tonalidades, qué maravilla. Rímel transparente. Bilés que son verdes pero te queda morado. Y ya lo peor de todo: los fichús de la India. *Pure silk*. Es lo que más me encanta en el mundo.

También hay comida, pero esa no me da tantas culpas. Será porque mis hijos también comen. Lo mejor es el señor que va cada quincena a vendernos longaniza y cecina, que él fabrica. Buenísimas. Y los quesos. Y la miel de abeja, de la mejor, que traen de la sierra de no sé dónde. O los chocolates gringos. De la comida casi no me arrepiento.

Pero de lo demás. . . de mi falda de cuero de León, carísima, que me compré porque los malvados de los profesores me vieron indecisa, que se la pruebe, que se la pruebe, y cuando me la puse los chiflidos, los gritos, te ves a todo dar, guau, etc., y claro, la pendeja se la compró. Ni me la pongo, porque como que no es mi línea. Además, me queda como faja. Lo bueno es que se la presto por temporadas a mis amigas.

O la bolsa roja, de cuero con víbora, baratísima. Y a los dos días que la volví a ver, ni tanto que me gustaba. Además, Coqui y Anita ya dijeron que estaba horrible. Y como a Tere le gustó muchísimo, estoy a punto de regalársela. (Muchas cosas las regalo después: eso es parte del proceso de absolución).

Hasta miedo me da ser rica. Voy a tener que inventar un método de control sobre mis horribles impulsos. Porque si no, mis quincenas se me van a acabar en la pagada de los abonos. Y si no nos aumentan más que el diez por ciento. . . ¿Me buscaré una terapia para mujeres que compran demasiado? O mejor voy pensando yo qué podría vender. . . *Am*



Librerías de Cristal

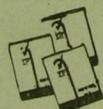


En
LIBROS



DISCOS

de compañías independientes



y
REVISTAS
especializadas

TENEMOS ALGO NUEVO PARA USTED